

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Capitulo LXV. Donde se da noticia quien era del de la blanca Luna, con la libertad de Don Gaspar Gregorio, y de otros sucessos.

urn:nbn:de:gbv:45:1-1686

CAPITULO LXV.

Donde se dà noticia quien era el de la blanca Luna, con la libertad de Don Gaspar Gregorio, y de otros sucesos.

SIGUIÒ Don Antonio Moreno al Cavallero de la blanca Luna, y siguiéronle tambien, y aun perfiguiéronle muchos muchachos hasta que le cerraron en un meson dentro de la ciudad. Entrò en èl Don Antonio con desseo de conocerle: Saliò un escudero à recibirle y à defarmarle: Encerròse en una sala baxa, y con el Don Antonio, que no se le cozia el pan, hasta sabèr quien fuèsse. Vièdo, pues, el de la blanca Luna, que aquel Cavallero no le dexava, le dixo: Bien sè, Señor, à lo que venis, que es à sabèr quien sòy; y porque no ày para que negàroslo, en tanto que este mi criado me defarma, os lo dirè sin faltar un punto à la verdad del caso.

S A B È D, Señor, que à mi me llaman el Bachiller Sanfon Carrasco: Soy del mesmo lugar de Don Quixote de la Mancha, cuya locura, y fandez mueve à que le tengamos lastima todos quantos le conocèmos; y entre los que mas se la han tenido, he sido yo; y creyèdo que està su salud en su reposo, y en que se estè en su tierra, y en su casa, di traça para hazèrle estàr en ella; y assi avrà tres meses que le falli al camino como Cavallero andante, llamàndome el Cavallero de los Espejos, con intencion de pelear con el, y vencèrle sin hazèrle daño, ponièdo por condicion de nuestra pelèa, que el vencido quedàsse à dif-

discrecion del vencedor ; y lo que yo pensava pedirle (porque yà le juzgava por vencido) era, que se bolvièsse à su lugar, y que no falièsse del en todo un año, en el qual tiempo podria ser curado ; pero la fuerte lo ordenò de otra manera, porque el me vencio à mi, y me derribò del cavallo, y assi no tuvo efecto mi pensamiento. El profugio fu camino, y yo me bolvi vencido, corrido, y molido de la caída, que fuè ademàs peligròsa : Pero no por esto se me quitò el desèo de bolvèr à buscarle, y à vencerle, como oy se ha visto. Y como el es tan puntual en guardàr las ordenes de la andante Cavalleria, sin duda alguna guardará la que le he dado en cumplimiento de su palabra. Esto es, Señor, lo que passa, sin que tenga que dezìros otra cosa alguna. Suplìcoos, no me descubràys, ni le digàys à Don Quixote, quien soy, porque tengan efecto los buenos desèos y pensamientos mios, y buelva à cobràr su juyzio un hombre, que le tiene bonissimo, como le dexen las fandezes de la Cavalleria. O! Señor, dixo Don Antonio, Dios os perdone el agravio que avèys hecho à todo el mundo, en querèr bolvèr cuerdo al mas gracioso loco que ày en el. No veys, Señor, que no podrá llegàr el provecho que cause la cordura de Don Quixote, à lo que llega el gusto que dà con sus desvarios? Pero yo imagino que toda la industria del Señor Bachiller no ha de ser parte para bolvèr cuerdo à un hombre tan rematadamente loco ; y fino fuèsse contra caridad, diria, que nunca fane Don Quixote, porque con salud, no solamente perdemos sus gracias, fino las de Sancho Pança su escudero ; que qualquiera dellas puede bolvèr à alegràr à la mis-



ma melancolia. Con todo esto callarè, y no le dirè nada, por ver si salgo verdadero en sospechar, que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el Señor Carrasco. El qual respondiò, que yà una por una estàva en buen punto aquel negocio, de quien esperava feliz suceso: Y aviendose ofrecido Don Antonio de hazer lo que mas le mandasse, se despidiò del. Y hecho liar sus armas sobre un macho, luego al mismo punto, sobre el cavallo con que entrò en la batalla, se saliò de la ciudad aquel mismo dia, y se bolviò à su patria sin sucederle cosa, que obligue à contarla en esta verdadera historia.

CONTÒ Don Antonio al Visorrey todo lo que Carrasco le avia contado, de lo que el Visorrey no recibìo mucho gusto, porque en el recogimiento de Don Quixote se perdia el que podian tener todos aquellos que de sus locuras tuviessen noticia.

SEYS dias estuvo Don Quixote en el lecho, marrido, triste, pensativo, y mal acondicionado, yendo, y viniendo con la imaginacion en el desdichado suceso de su vencimiento. Consolàvale Sancho, y entre otras razones le dixo: Señor mio, alze vuestra merced la cabeza, y alégrese si puede, y dè gracias al cielo, que yà que le derribò en la tierra, no saliò con alguna costilla quebrada; y pues sabe que donde las dan, las toman; y que no siempre ày tocinos donde ày estacas; dè una higa al Medico, pues no le ha menester para que le cure en esta enfermedad. Bolvamonos à nuestra casa, y dexemonos de andar buscando aventuras por tierras, y lugares, que no sabemos; y si bien se considera, yo soy aqui el mas perdido, aunque

que es vueſſa mercèd el mas malparado. Yo, que dexè con el Gobierno los deſèos de fer mas Governador, no dexè la gana de fer Conde, que jamas tendrà eſeçto, ſi vueſſa mercèd dexa de fer Rey, dexando el exercicio de ſu Cavalleria, y aſſi vienèn à bolvèrſe en humo mis eſperanças. Calla, Sancho, reſpondiò Don Quixote, pues vèes, que mi reclusion, y retiràda no ha de paſàr de un año; que luego bolverè à mis honrados exercicios, y no me ha de faltàr Reyno que gane, y algun Condado que darte. Dios lo oyga, dixo Sancho, y el pecado ſea ſordo, que ſiempre he oido dezir, que mas vale buena eſperança, que ruyn poſſeſſion.

EN eſto eſtàvan, quando entrò Don Antonio, dizièndo con muestras de grandíſſimo contento: Albricias, Señor Don Quixote, que Don Gregorio, y el renegado que fuè por el, eſtàn en la playa: Que digo en la playa, yà eſtàn en caſa del Viſorrey, y ſeràn aqui al momento. Alegròſe algun tanto Don Quixote, y dixo: En verdàd, que eſtòy por dezir, que me holgàra, que huvièra ſucedido todo al revès, porque me obligàra à paſſar en Berberia, donde con la fuerça de mi braço dièra libertàd no ſolo à Don Gregorio, ſino à quantos Chriſtianos cautivos ày en Berberia. Pero que digo, miſerable, no ſoy yo el vencido? No ſoy yo el derribado? No ſoy yo el que no puede tomàr armas en un año? Pues que prometo? De que me alabo, ſi antes me conviene ùſar de la rueca, que de la eſpada? Dèxeſe deſſo Señor, dixo Sancho, viva la Gallina aunque con ſu Pepita; que oy por ti, y mañana por mi; y en eſtas coſas de encuentros, y porraços no ày tomàrles tièn-

to



tó alguno, pues el que oy cae, puede levantarse mañana, fino es que se quiere estar en la cama (quiero dezir) que se dexe desmayar fin cobrar nuevos brios para nuevas pendencias: Y levántese vuesa merced agora para recibir à Don Gregorio, que me parece que anda la gente alborotada, y yà deve de estar en casa.

Y assi era la verdad, porque aviendo yà dado cuenta Don Gregorio, y el renegado al Visorrey de su ida, y buelta, desèso Don Gregorio de ver à Ana Felix, vino con el renegado à casa de Don Antonio; y aunque Don Gregorio, quando le sacaron de Argel, fuè con habitos de muger, en el barco los trocò por los de un cautivo, que fallò consigo; pero en qualquiera que vinièra, mostrara ser persona para ser codiciada, servida, y estimada, porque era hermoso sobre manera, y la edad, al parecer, de diez y siete, ò diez y ocho años. Ricote, y su hija salieron à recibirle, el padre con lagrimas, y la hija con honestidad. No se abraçaron unos à otros, porque donde ay mucho amor, no suele aver demasiada desemboltura. Las dos bellezas juntas de Don Gregorio, y Ana Felix admiraron en particular à todos juntos los que presentes estavan. El silencio fuè alli el que hablò por los dos amantes, y los ojos fuèron las lenguas que descubrièron sus alegres, y honestos pensamientos. Contò el renegado la industria, y medio que tuvo para sacar à Don Gregorio. Contò Don Gregorio los peligros, y aprietos en que se avia visto con las mugeres con quien avia quedado, no con largo razonamiento, sino con breves palabras, donde mostrò, que su discrecion se adelantava à sus años. Finalmente Ricote pagò, y satisfizo

tisfizo liberalmente assi al renegado, como à los que avian vogado al remo. Reincorporòse y reduxose el renegado al gremio de la Iglesia, y de miembro podrido bolviò limpio, y fano con la penitencia, y el arrepentimiento. De alli à dos dias tratò el Visorrey con Don Antonio, que modo tendrìan para que Ana Felix, y su padre quedàssen en España, pareciendoles no ser de inconveniente alguno, que quedàssen en ella, hija tan Christiana, y padre, al parecer, tan bien intencionado. Don Antonio se ofreciò venir à la Corte à negociarlo, donde avia de venir forçosamente à otros negocios, dando à entender, que en ella por medio del favor y de las dadivas, muchas cosas dificultosas se alcançan. No, (dixo Ricote, que se hallò presente à esta platica,) ày que esperar en favores, ni en dadivas; porque con el gran Don Bernardino de Velasco, Conde de Salazar, à quien diò su Magestad cargo de nuestra expulsion, no valen ruegos, no promessas, no dadivas, no lastimas; porque aunque es verdàd que el mezcla la misericordia con la justicia; como el vèe, que todo el cuerpo de nuestra nacion està contaminado, y podrido, usa con èl antes del cauterio que abraza, que del unguento que molifica; y assi con prudencia, con sagacidad, con diligencia, y con miedos que pone, ha llevado sobre sus fuertes ombros à devida execucion el peso desta gran maquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, sollicitudes, y fraudes ayan podido deslumbrar sus ojos de Argos, que continuo tiene alerta, porque no se le quede, ni encubra ninguno de los nuestros, que como rayz escondida, que con el tiempo venga despues à brotar, y à echar frutos venenosos en España, yà limpia,
yà



yà defembaraçada de los temores en que nueſtra muchedumbre la tenìa (Heroyca reſolucion del gran Filipo tercero, y inaudita prudencia en avèr la encargado al tal Don Bernardino de Velafco.) Una por una, yo harè, pueſto allà, dixo Don Antonio, las diligencias poſſibles; y haga el Cielo lo que mas fuere ſervido. Don Gregorio ſe irà conmigo à conſolàr la pena que ſus padres deven tener por ſu auſencia: Ana Felix ſe quedarà con mi muger en mi caſa, ó en un Monafterio, y yo ſè que el Señor Viſorrey guſtarà, ſe quede en la ſuya el buen Ricote, haſta ver como yo negocio. El Viſorrey conſintió en todo lo propueſto; pero Don Gregorio, ſabiendo lo que paſſava, dixo: Que en ninguna manera podía, ni quería dexar à Doña Ana Felix; pero teniendo intencion de ver à ſus padres, y de dar traça de bolvèr por ella, vino en el decretado concierto. Quedòſe Ana Felix con la muger de Don Antonio, y Ricote en caſa del Viſorrey. Llegòſe el dia de la partida de Don Antonio, y el de Don Quixote, y Sancho, que fuè de allí à otros dos; que la caída no le concedió, que mas preſto ſe puſieſſe en camino. Hùvo lagrimas, hùvo ſuſpiros, deſmayos, y follozos al deſpedirſe Don Gregorio de Ana Felix. Ofrecióle Ricote à Don Gregorio mil eſcudos ſi los quería, pero el no tomó ninguno, ſino ſolos cinco que le preſtò Don Antonio, prometièdo la paga dellos en la Corte. Con eſto ſe partièron los dos, y Don Quixote, y Sancho deſpues, como ſe ha dicho, Don Quixote deſarmàdo, y de camino, Sancho à pie por ir el ruzio cargado con las armas.

C A P I -

